

Nicholas Wade, *Una herencia incómoda. Genes, razas e historia humana*, traducción de Joandomènec Ros (Ariel, Barcelona, 2015)

Manuel Jesús López Baroni
Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

El libro de Wade pone sobre el tapete la cuestión siempre incómoda de cómo interactúan la genética y las instituciones culturales humanas. En un extremo podríamos situar a los paradigmas religiosos, que ubican la esencia humana en el plano espiritual y bastante tienen con lidiar con el darwinismo como para ir más allá. En el otro se asentaría la izquierda política, que por motivos históricos se centra en lo cultural, minusvalorando la dotación genética humana por temor a legitimar el discurso neoliberal y determinista. Pues bien, las tesis de Wade se sitúan entre uno y otro polo, lo que no significa que su discurso sea políticamente centrado, y menos aún neutral. Vamos a dividir sus aportaciones en dos bloques temáticos.

En primer lugar analizaremos la cuestión científica. Wade ha trabajado para *Nature* y *Science*, con lo que se halla en una magnífica atalaya a la hora de analizar los avances más relevantes. Su primera pregunta es de las que provocan desconcierto: ¿se ha detenido la evolución humana? La respuesta parece obvia, pero no lo es en absoluto. ¿Por qué iba a detenerse? En principio estamos sometidos a las mismas reglas evolutivas que el resto de los seres vivos, por lo que resulta indubitado que el darwinismo alcanza también a nuestra especie. Ahora bien, la pregunta no es inocente, ya que aceptar que en efecto seguimos sometidos a las mismas fuerzas de la naturaleza que los homínidos que

nos precedieron conlleva reconocer que los diferentes grupos humanos, en lugares y épocas distintas, han estado sometidos a presiones ambientales específicas de su entorno, y por lo tanto, son genéticamente distinguibles. Aunque la unidad genética de nuestra especie está confirmada por la teoría de la Eva Mitocondrial, lo que quiere poner de relieve Wade es que una única mutación, o varias, sin relación alguna con el aspecto externo, pueden provocar cambios estructurales en nuestro comportamiento social, lo que repercutiría en todas las facetas culturales.

Pues bien, estas son las premisas con las que trata de vincular nuestra inteligencia, sociabilidad, capacidad de organización, de trabajo, o de curiosidad intelectual, a la dotación genética. La conclusión, turbadora como pocas, es que si aceptamos que las diferencias humanas desde el punto de vista individual pueden afectar al comportamiento, cómo negar que eso mismo no pueda suceder grupalmente, aunque sea de promedio. Está por estudiar en qué medida la espiritualidad, la participación democrática o el autoritarismo son consecuencia de ciertas predisposiciones genéticas, y quizá los avances en la secuenciación del genoma humano o la neurología puedan ayudar a comprendernos. Obviamente, la investigación de determinadas cuestiones no será fácilmente financiada o promovida, cuestión esta que también denuncia Wade en su

libro, aunque centrándose en la izquierda y no por ejemplo en las religiones.

“El racismo y la discriminación son censurables por cuestión de principios, no de ciencia. La ciencia trata de lo que es, no de lo que debiera ser” (p. 14). Con esta afirmación tan contundente, y hay que reconocer, plausible, entramos en el segundo bloque del libro, la parte ideológica.

¿Es un libro que promueve el racismo? La secuenciación del genoma en el año 2000 ha ido acompañada de un reverdecimiento de tesis que ya creíamos desterradas, como la superioridad racial de unos pueblos sobre otros. En estos últimos quince años han aparecido algunos libros que vinculan el éxito económico, organizativo, técnico o social a la dotación genética. En el fondo está el problema de las correlaciones: el que dos hechos coincidan no significa que estén relacionados causalmente. Tyler Vigen propone divertidos ejemplos en los que muestra gráficamente cómo se podrían establecer relaciones causales entre el divorcio y las parejas que comen margarina para desayunar. Con menos arte, y gratuitamente, Ashraf Quamrul y Oded Galor vincularon el éxito económico de unas naciones frente a otras con la antigüedad del genoma humano. El libro de Wade, en su parte especulativa, pertenece a este grupo de estudios, el de las correlaciones espurias que sitúan en la cima de la evolución a los blancos anglosajones protestantes.

Wade sostiene que los británicos evolucionaron aislados durante seiscientos años hasta llegar a ser más pacíficos e inteligentes. Resulta razonable preguntarse si la trata de seres humanos a gran escala fue un acto de mutación ecopacifista. La cuestión que subyace es explicar por qué los pobres son pobres, y la hipótesis

de Wade apunta a su dotación genética (¿Por qué los pueblos más retrasados no copian las instituciones de los pueblos más avanzados?, se pregunta), aunque obviamente no proponga ninguna prueba, más allá de correlaciones casuales, para demostrar sus incendiarios planteamientos.

Aquí es donde reside el núcleo ideológico de sus tesis. Wade se apoya en los padres contemporáneos del neoconservadurismo, como Fukuyama o Huntington, cuyas teorías inspiraron las guerras de Irak o Afganistán, y cuyos efectos colaterales padecemos hoy día con el ISIS, para reforzar sus hipótesis explicativas. Su libro pretende ser el equivalente a la teoría del Choque de Civilizaciones o del Fin de la Historia, sólo que en versión biológica: la democracia no se consolida en esos países porque la dotación genética de sus habitantes no es la adecuada.

¿Cómo explicar que en Grecia, China, Persia, Egipto o la India el nivel de escritura, ciencia, reflexión y convivencia no tuviese comparación con los pueblos del norte de Europa, incluidos los británicos, que seguían viviendo en tribus, sin escritura ni cultura reseñable, mientras en otros lares se había despertado la civilización hacía milenios? ¿Desaparecieron los genes en el sur y reaparecieron en el norte por no se sabe qué intrincado mecanismo darwinista, y además en sólo unos cuantos siglos? ¿Cómo justificar que hechos tan complejos sean el producto de adaptaciones biológicas a diferentes entornos ecológicos? ¿Es el vínculo entre el capitalismo y el protestantismo, por recordar a Weber, de origen genético?

Este es el principal déficit del libro, especular sin someterse a falsación, por emplear términos también científicos. Es

cierto que el libro que comentamos no parte del racismo expreso y burdo del descubridor del ADN, Watson, pero las especulaciones de Wade forman parte de otra forma de una forma de estigmatización colectiva más sutil, larvada y aparentemente objetiva, la que trata de explicar las desigualdades sociales humanas en base a correlaciones estadísticas de los genes.

De todas formas, conviene no minusvalorar la cuestión genética en lo sucesivo. *Science* ha declarado descubrimiento del año 2015 la técnica de edición genética denominada CRISPR, que permite la

ingeniería genética aplicada a los seres vivos. Así, mientras la izquierda política promueve declarar ciudades o regiones libres de transgénicos, refiriéndose a los tomates o al maíz, el sudeste asiático y el mundo anglosajón compite en una carrera contra reloj por modificar la dotación genética de los seres humanos. Las especulaciones de Wade son, en efecto, especulaciones, pero es posible que lo que la naturaleza no ha logrado en millones de años de evolución lo logre el ser humano en apenas unos lustros, lo que repercutirá en las desigualdades humanas como nunca antes hemos imaginado.